

JARABE DE LENGUA

Quienes multan por no llevar puesto encima el cinturón de seguridad permiten que unos gordos sin cintura recorten a unas vaquillas locas, o solo resabiadas, en las plazas pueblerinas. Yo *españoleo*, tú *españoleas*... Algo huele mal cuando el cerebro, algo soleado, no nos da para algo más que gritar los goles o corear los “oles”...

Hubo un tiempo en que las técnicas de *ligue* recomendaban acercarse a la presa usando la consabida frase tonta de manual: “¿estudias o trabajas?”. El estudiantón (el obrero no hace nunca preguntas tontas) daba por supuesto que el estudio no es - “aún es siempre todavía” - un trabajo. Una actividad que se hace por gusto sin ganar pasta demuestra o tener un mal gusto o andar algo despistado.

Conviene saber nadar y guardar el traje. O, al menos, la factura del sastre. Claro es que al final de la sisa o las hechuras, la tal factura sin fecha - esto es un hecho - la pagan siempre

los nudistas o descamisados que dan puntadas sin el hilo. Los políticos (hablo de los diestros, no de los torpes) tienen una doble vara de medir: una para adular a las (diez) Rosas que deshojan la rosa socialista; otra para acudir con flores a María, el pecho hinchado de aire y las narices tapadas a la cita ineludible con las urnas...

Presumo que la presunción de inocencia se maneja aquí de una manera nada inocente. Nunca temen caer en contradicción los incondicionales tunantes de la verdad tuneada con un parche de bucanero parlamentario. Yo no pondría la mano en el fuego afirmando que el gobierno socialista no espía ni ha espiado nunca a la oposición. Después de todo, hemos presuntamente conocido que en Madrid, presunto rompeolas de las *Españas*, un cierto gobierno regional *presuntamente* espía a la presunta oposición de la oposición al gobierno nacional... Por desgracia, en esto de los espías o de los cornudos chivos expiatorios nunca expían sus pecados los pequeños cabritos o los grandes cabrones. Se entiende que las ovejas negras de la grey anden a la greña algo cabreadas. No sacan tajada ni le ven el queso a la tostada.

Tan ancha es la lengua de Castilla, con la Mancha o sin manchar, que en ella caben desde las *anchoas* del presidente cántabro hasta las *ballenas* que sujetan los dos grandes objetivos mediterráneos de doña Rita y los vallenatos de los inmigrantes “sudás” (ino se olviden de las “inmigrantas” que nos hacen sudar!) salpicados con la salsa pringosa del Caribe. Tan ancha es la lengua de Castilla – digo o redigo – que en

ella cabe distinguir un cohecho propio y otro cohecho impropio. Y es también un hecho cierto que toda lengua tiene sus deslenguados para criticar y sus relamidos para untar o embolsar en los bolsos los suntuosos regalos...

Cada paso que da el gobierno desgasta la suela del zapato del presidente Zapatero. A las claras se ve que los dueños del ABC, admiradores sin recato de los hijos de Fraga (a los que nunca les apretaron las botas camperas de los hombres de Paco ni tampoco hicieron muchos ascos y la más pequeña mueca de disgusto a los botines o las manchas del betún) ahora se frotan los pies de sus dos manos viendo que el *presi* tonto y limpiabotas camina vacilante, sonado, como si llevase puestos altos tacones y calzase, además, un número de menos... Esperan, esperamos el batacazo. ¡A la Moncloa, sin anchoas! - se dicen los adalides de la regeneración ética de la patria hundida. Si los gatos de los gastos públicos andan con un par de alpargatas, ya me dirán ustedes cómo van a caminar de aquí a poco los pobres pelagatos...

La gripe A que nos viene anunciada para el otoño sin duda se nos irá en la primavera, en el verano o, quizás, en el retoño del viejo otoño. Pero conviene, sin pasarse o no llegar, estar antes avisados. La prensa cumple bien con su misión de informar que debemos tener mucho cuidado con alguno a los que damos la mano, si es hombre, o estampamos un par de tímidos besos (¡ay!) si es una mujer. Tal vez un fotógrafo nos tiene en el punto de mira de su escopeta para mostrar así la evidencia a la esposa o al juez, la jueza o juez@. En cualquier

caso, no se entiende muy bien que de tantas cosas como se pueden contar, al fin de las cuentas, solamente interesen los pañuelos y los estornudos de los posibles, falsos o confirmados griposos. Y no es que yo quiera insinuar - ni mucho menos - que de tantos expedientes como existen en el cesto alguna mano limpia e invisible levanta del fondo el vuelo de la perdiz para que otro con el lápiz o la escopeta preparada dispare. Pim, pam, pum... otro contagiado más.

Quienes tienen mucho “mundo” porque llevan la piel de la maleta llena de tiritas o bien el pasaporte, cubiertas sus dos caras, manchado de bermellón con incontables estampillas (un beso de carmín al marino en cada puerto o aduana pisada) certifican que nuestro planeta azul - salvad a las ballenas - no es tan inmundo como nos lo pintan algunos agoreros sin mundo a sus espaldas. El hombre que no viaja escucha a los viajeros que naturalmente no se han gastado una pasta gansa para irse a Bali o la Cochinchina para decir luego a su regreso que “el agua de la playa moja” o que “los chinos se desayunan después de dormir en una cama”. La prensa cuenta la noticia rara. Yo nunca he visto publicado que un taxista se queda con un maletín lleno de dinero negro olvidado en el asiento trasero. Prueben ustedes a meter en una sola caja todas las colillas tiradas en la calle...

El verano es aquella estación en la que aparecen los ligones en la playa, los tintos en la mesa y las canciones tontas pero pegadizas en la radio. Pero sobretodo aparecen los mosquitos que pican siempre y las turistas que no suelen picar casi nunca. Quienes estamos ya de vuelta y media en esa magna “operación retorno” que es la vida humana, nos regustamos contemplando, con esa añoranza que dan todos los años malgastados, los monumentos andantes que se dejan ver en las calles de la ciudad abandonada. No hace falta viajar a Florencia para admirar - disculpen la tosca expresión - las flores de la Toscana. Por desgracia, el calor nos advierte que ya no sentimos ni frío ni calor por algunas cosas que antaño nos provocaban súbitos cambios de

temperatura. A cierta edad ya no se está para otra cosa que picar algunas aceitunas tomando una cerveza en la terraza.

Una revista acaba de hacernos saber que en nuestro planeta existe una nueva especie de rata hasta ahora desconocida por quienes se ocupan de catalogar a todos los bichos que comparten nuestra Arca de Noé. La noticia está en que dicho roedor maldito - "super-ratón" le han llamado - tiene casi el tamaño de un gato. Ya sabíamos que algunos rateros alcanzan casi la altura de un concejal de una villa turística. Acabado el verano la justicia se dedica a impartir lo suyo con el mismo rigor con que el sol castiga en las playas del mediterráneo. Cierta político debe responder en los tribunales por haberse tomado las medidas de un traje con el que nos distrajo a los lectores de periódicos. Cierta juez, una estrella sin constelación, debe hacer lo mismo por haber tomado como medida judicial las medidas de una fosa abierta un día por un fósil y cerrada una noche por los supervivientes. La ley es igual para todos. Todos somos iguales ante la ley. No todos somos iguales a todos. Yo estoy con los gatos aunque, escaldados de las guerras, huyan del agua fría o de resucitar a los muertos con la loable intención de volverlos a enterrar como Dios (no su Dios) manda.

La primera potencia de Occidente (otro circunloquio para expresar el nombre de un país que no tiene un verdadero nombre propio) ha sido la tierra de promisión para el feminismo de las mujeres secundadas por algunos varones solteros. Liberadas del yugo del esposo, las mujeres podían caer libremente en los brazos opresores de los patronos. Al menos, en caso de repudio laboral, podían decirse aquello de “que me quiten con la regla las horas escaqueadas del trabajo”. De aquella nación nacida del aluvión de todas las demás naciones nos vino una conmovedora película: “*Kramer contra Kramer*”. Ahora, tenemos una versión española, traducida casi tan mal como otras muchas películas anglosajonas: “*Pajín contra Pajín*”. Mientras no se demuestre lo contrario, la madre socialista no toma aquí el apellido de su esposo que ostenta la hija socialista. Pero ¿qué periodista se resiste a un titular tan atractivo? Sobre todo si de lo que se trata es de mostrar las desavenencias familiares en casa del vecino.

Quienes usan habitualmente la lengua para pegar sellos y decir las cosas se admiran de la facilidad pasmosa con la que algunos la empleamos para no decir casi nada. A veces se tiene una idea romántica del escritor que vive del jornal del periodismo proporcionando envoltorio a todos los humildes dependientes de pescado y alfombras de papel entintado a todas las ilustres fregonas. Los gacetilleros no son un Cristo atado a una columna mientras una caballería andante de segundos, huyendo a galope, fustigan con sus látigos al desdichado obligado a entregar tantas palabras a tal o cual hora de cierre en la redacción. ¿De qué se puede escribir hoy? La cosa es sencilla: basta con tejer sin prisa ni pausa una tela de araña. Antes o después cae en ella alguna mosca distraída. Y ahora me van a disculpar: suena la campanilla que me anuncia la pitanza de la díada catalana. Cada día tiene su pan, de payés claro.

Hace ya un par de años, casi una eternidad, la España eterna se nos deshacía rota y roja entre las manos. Ahora, gracias a Dios o al diablo, solamente se encuentra en crisis económica. O sea: una crisis que afecta únicamente a la Bolsa pero no a los valores. De la crispación y la “descristianización” hemos pasado a lo que interesa a todo Cristo: el bolsillo y la cesta de la compra. En materia económica el gobierno -dice la oposición- solamente tiene “ocurrencias”. Y tiene sus buenas razones para decirlo. Claro es que para que eso ocurra antes ha debido ocurrir otra cosa. A saber: que a los españoles no se les haya ocurrido votar otra cosa mejor. El futuro de los que nos gobiernan depende sobre todo de que la raja de la falda no nos deje sin falda y con el culo al aire. El cirujano Rajoy quiere rajarse con bisturí por esa ranura abierta en las huchas domésticas. Probablemente la sangría de votos socialistas hará brindar con sangría a todos los empresarios que antes se enorgullecían de crear empleo y ahora sueltan lastre para no irse a pique. En horas de bonanza, tonto el que no gana dinero si ya lo tiene. En las vacas flacas, es el gobierno - se dice - quien debe dar a todos un trabajo o, al menos, la apariencia de una ocupación decente. Pero eso se llama comunismo. Dios nos libre del pleno empleo.

Entre las víctimas del euro se encuentra el vocabulario. ¿Cómo van a llamar nuestros nietos al hombre al que nuestros abuelos bautizaron con el redondo nombre de “pesetero”? Sospechamos que la desaparición futura de tal nombre no se acompañe con la extinción de la cosa nombrada. El amor lujurioso hacia el dinero es casi tan viejo como la escasez o carencia del vil metal. Todo el problema de los parados consiste en sacar dinero al que lo tiene. Claro es que el poseedor de un euro no se desprende de una moneda sin recibir a cambio una compensación equivalente. El equilibrio es una ley de la naturaleza. El panadero nos ofrece migas de pan; el carnicero, muslos de pollo; la meretriz, pechugas de gallina. Y así cada uno de los gremios del mercado. Hasta los mendigos nos dan la ilusión de ser unas buenas personas dando una pequeña limosna. El gobierno quiere ahora ofrecer como subsidio a los desempleados la mitad de un sueldo para que puedan cumplir con dos de las tres obligaciones diarias que nos impone la religión de la naturaleza. Sin cena, a la cama. Se trata de un castigo por no haber aprobado unas oposiciones ni saber ser útil a un empresario que no sabe cómo vender a quien no puede comprar. La caridad sale siempre cara. El mendigo suele ser un ingrato, como bien saben las damas caritativas de alto copete.

Cierta empresa multinacional quiere acabar con las bolsas de plástico para conservar unos siglos más la naturaleza que Dios nos entregó tan virgen como un traje de novia sin estrenar. ¡Alabado sea el capitalismo ecológico! Algunos malpensados temen que la generosa voluntad de la empresa no le lleve también a rebajar los precios en la misma medida que disminuye los costos. ¿Tienen razón? La Iglesia, que tiene una larga experiencia de siglos en conocer la débil natural humana sabe que los hombres tienen la tentación de ganar indulgencia con escapulario ajeno. Hace un tiempo los discípulos de Jesús se vieron obligados a pedir a otros discípulos del maestro para seguir pastoreando a las ovejas que nunca dejarán de ser ovejas. O sea: se les invitó a que cargaran con su cruz marcando una cruz en la declaración de Hacienda. Por si acaso se advirtió que tal acto heroico no costaba nada al católico contribuyente, salvo quizás la tinta gastada y el tiempo usado para trazar el signo que identifica a los seguidores del crucificado. En verdad, en verdad os digo que aquel que arroja un solo céntimo al cepillo en una iglesia hace más que éstos. O, al menos, participa en un sorteo de salvación que según los teólogos calvinistas está trucado desde el principio.

Probablemente la ciencia de la estadística nos puede confirmar lo que la mayoría de nosotros ya sabemos de oído. A saber: que la política es la actividad humana en la que circula un mayor número de frases hechas. Hace poco hemos oído decir a Camps que luchará con todas sus fuerzas para que los socialistas no transformen la democracia en un Régimen. Como el presidente se encuentra a dieta para caber en el traje hecho a medida de su mediocre personaje, nos quedamos en ayunas y con hambre de saber si el Honorable se refería al nuevo o al Anciano Régimen, dicho a la francesa. Los diccionarios de citas, como las casas en donde ninguna mujer se queda encinta sin perder también temporalmente su empleo, proporcionan al político de profesión abundante material para dar al aire unos cuantos besos sonoros. El presidente de honor de nuestra derecha conservadora se sabe de memoria una célebre frase de un colega inglés bastante más honorable que el fundador del partido al que pertenece Camps: *“La democracia es el peor de los sistemas políticos, si exceptuamos todos los demás”*. La diferencia está en que Churchill pronunciaba toda la frase de un tirón sin respirar y Fraga, para decir la parte de la cita que sigue a la coma, necesito una larga, larga, larguísima pausa para pensarlo dos veces... Por fortuna, Camps no es de aquellos políticos que se lanzan al ruedo ibérico para defender la democracia cuando el toro ya está toreado.

Casi todos los periodistas del Mundo resultan ser paisanos. En el Mundo se habla del País; en el País se habla del Mundo. Cambia el papel, pero la tinta es la misma. Tanto mancha, mancha tanto. Vivimos en una aldea global hinchando las pelotas al vecino. ¿Quién miente más? Probablemente aquel que se calle menos mentiras. Quien esté libre de erratas que tire a la letrina la primera letra. Conviene no tirar piedras sobre ningún tejado. Sobre todo en Benidorm. Ya ha demasiado cemento.

En algunos campos de concentración los judíos llamaban “musulmán” al hermano de raza tan débil que su aspecto lo convertía en un candidato casi seguro para ser carne asada en el horno crematorio de la desvergüenza nazi. Los psicoanalistas dirían en su jerga de sofá que se trataba de un mecanismo de transferencia mental. Muchas películas de la Meca del cine nos recuerdan a quienes rezamos dando la espalda al Vaticano y a la vieja Jerusalén que en el holocausto tanto da que llamemos a Dios con el nombre de Yahvé o de Allah. Cada pueblo tiene sus ídolos. Los cananeos tenían una estatuilla de la diosa Astarté que se parece al Oscar lo mismo que un oscense a un turolense. Por fortuna, aunque un cineasta alce en sus brazos la codiciada figura, se queda con las ganas de atizar con ella a todos sus competidores. Y eso es la civilización: quedarse con las ganas.

Hace no mucho tiempo solamente aquellos españoles capaces de mantener dos esposas podían permitirse también el lujo de tener dos médicos: uno, el que pagamos todos; otro, aquel al que no le basta sólo con el sueldo que le pagamos todos. Casi siempre es la misma persona con distinta bata, a distinta hora y en diferente sala. En las consultas privadas del cardiólogo los españoles aprovechan para ponerse al día con las revistas atrasadas del corazón. ¿Son unos privilegiados los que no reciben la salud del sistema público? ¿O acaso se les debe la atención médica que no aprovechan dejando que los demás pacientes comunes tengan una silla libre? Yo no quito ni pongo seguro, pero aseguro que los pacientes que se benefician de médico privado no reciben por ello un diagnóstico doble. A veces los médicos coinciden en el mal. En cualquier caso, bastante más que los políticos. Y es que la salud de la economía es una ciencia para los dioses.

Los griegos, que sabían latín, nos dejaron escrita una célebre máxima: "*Nada en exceso*". Claro está que también se incluye en esa sabia recomendación evitar el exceso de moderación, que no por ser moderado deja de ser menos excesivo. Quienes mandan se han dado cuenta de que si el mandamás hace dejación del mando los mandados se desmandan. Y ahora debemos volver de nuevo a la escuela para aprender los diez mandamientos. Vuelve la tarima, vuelve el "usted", vuelve el bastón de mando. El hábito hace al monje y el monje, harto de la disciplina, cuelga los hábitos. La mujer de Ulises ya nos enseñó que todos los ministros de Educación se dedican a tejer leyes en la mañana para destejerlas después en la noche. Subid a la tarima, bajad de la tarima. Los filósofos clásicos, que antes se aprendían en clase, pensaban que la vida es como una rueda que gira devolviendo al hombre al punto de partida. Ahora se nos van los *profes* colegas, los apóstoles del tú a tú. No se inquieten. Un día volverán, como las oscuras golondrinas.

En la parte de la Biblia que comparten los cristianos con los que aún siguen siendo fieles a la primera religión de Cristo, se manda al soldado judío que salga fuera del campamento real para defecar a sus anchas en medio del campo. Luego debe cavar un hoyo con una pala que ha de llevar siempre consigo metida en el cinto y cubrir con tierra abundante sus excrementos. Se trata de una medida higiénica acertada, además de ser también un acto de cortesía hacia quienes tienen un mínimo de sensibilidad olfativa. Los gatos, sin haber leído nunca el libro del Deuteronomio, cumplen instintivamente con ese precepto dado por Yahvé a otros animales bípedos que empiezan su carrera gateando para llevar más tarde una vida que ya quisieran para sí algunos perros callejeros. Sería deseable que algunos dueños de canes fuesen también como los soldados judíos de la Tora o, al menos, como los gatos de Angora. Pero a falta de cívicos pipicanes, bueno sería la multiplicación de las multas.

La ciudad de Caracas, antes de celebrar la misa del gallo, ha vuelto a temblar una tercera vez. Cada ocasión en que la tierra tiembla lo hacen también todos los siervos de la gleba que somos los terráqueos. La tortuga que sustenta nuestros pies en el espacio no se queda quieta. En tiempos de don Simón Bolívar, un tatarabuelo del Hugonote Chávez, los españoles hicieron correr el bulo de que un terremoto manifestaba la oposición de Dios a la independencia de la colonia. La fe tiene siempre bula para mentir si lo hace en provecho de Dios, la patria y el Rey. Hace ya casi un año exacto una sacudida sísmica de las finanzas hizo quebrar el Banco más antiguo de los muchos que hay en los Estados Unidos de América del Norte (un país que resulta de quitar del extenso nombre a Méjico y Canadá). Ningún teólogo de la liberación se ha atrevido a decir en público que Dios está contra el capitalismo. La crisis financiera no ha hundido nuestra fe ciega en la economía de mercado. Las piedras que ayer algunos arrojaron contra el tejado serán mañana la piedra angular con la que otros edificarán sus mansiones. El capital ha muerto. ¡Viva el capital!

Hacer un trasplante de córnea cuesta casi un riñón a cada contribuyente. Las cuentas claras hacen los buenos amigos. Quizás por eso los gestores de la salud pública tienen la cortesía de informar a los pacientes del gasto que sus males privados han causado en el erario público. Siempre pagan sanos por debiluchos. No se debe enfermar por frivolidad. El español, cuando enferma, es que enferma de verdad. Tal vez algún día nos enteremos por la concejalía de medio ambiente lo que cuesta por barba inhalar cada margarita de cierto coqueto puente. O la visita en carne mortal y bata blanca del Pontífice. O lo que vale trasplantar una vieja fe en otra fe menos gastada. Claro está que todos esos supuestos tienen un presupuesto: las cosas del espíritu no tienen precio.

La crisis hace que muchos de nuestros vecinos deseen meter el pie y la cabeza en el cuerpo de la policía, ya sea ésta nacional o autonómica. Una forma de que entre algo en el bolsillo propio es evitar que otros saquen sin consentimiento el dinero de la bolsa ajena. En tiempos de inseguridad laboral prima la seguridad personal. Funcionario: cocido duro, pero seguro. Sin embargo, no es fácil alcanzar la deseable meta de tener un maestro por alumno, un médico por paciente y una pareja de la guardia civil por cada presunto delincuente. Muchos parados preparados logran empleo trabajando en academias para opositores sin preparación. En tiempos de vacas flacas vale más ser cola de león en el presupuesto público que cabeza de ratón en el mercado. Pero sacar una plaza en las oposiciones resulta casi tan difícil como montar una empresa donde hay más caciques con ánimo de vender ron que indios dispuestos a echar un trago y, mucho menos, beber una botella entera. Quienes logren la plaza serán los que mejor disparen. Malos tiempos para los rateros cuando, además de estar los bolsillos vacíos, hay demasiados gatos patrullando en la calle.

La quema de libros heterodoxos es bastante más saludable que la cremación de los escritores herejes. En el *Quijote*, Cervantes salva de morir chamuscado entre las llamas al *Tirant*, pero permite que se tire a la hoguera a otros caballeros, acaso colegas igualmente dignos de figurar también en los estantes de alguna librería. ¿Quién separa el trigo de la cizaña? El fenómeno *Kindle* (“encender” en inglés) ha resuelto el arduo problema de la falta de espacio material en todas las bibliotecas. En lugar de incinerar las letras vestidas de luto para llenar de tinta más papel, basta ahora con pulsar la tecla que dice “*burn*”. La cerilla de Nerón salva de la polilla la toga de Horacio. Claro es que se trata, a todas luces, de una solución parcial. En un pequeño disco compacto caben todas las obras completas de Azaña y todos los discursos incompletos del abuelo de Aznar. Ahora se trata de saber si las horas tasadas nos dan para elegir entre la lectura de Avellaneda o la de Cervantes. El tiempo no es un reloj de oro aunque nos funda la vida como a los plomos una subida de la tensión. Y eso lo saben todos los plumillas por más quemados que estén de su oficio jornalero.

Algunos palurdos arrojan tomates para decirnos que están de fiesta; otros, en cambio, vierten la leche de las cabras para mostrar así su cabreo. Son dos formas de mear fuera del tiesto. Conviene recoger bien la orina en el frasco si queremos acertar con el diagnóstico. No hace falta ser conservador para degustar los tomates en conserva. Y tampoco se precisa echar polvos mágicos para tomar como desayuno una taza de leche en polvo. Yahvé condenó a Onán por verter en la tierra el semen lechoso. Claro está que en aquel tiempo, aunque ya existía la cuajada, no se podían refrigerar los embriones sobrantes. Algunos debemos ahora congelar nuestro salario para que a la otra España - la de los desocupados - no se le hiele el corazón. ¿O acaso sobra alguien en el banquete?

¿Quién no se sabe de memoria el cuento de la lechera? A falta de la lluvia, los vaqueros (no siempre ríe la vaca) han regado las lechugas con la leche abaratada de las vacas. Ya estamos vacunados contra estos actos de protesta hacia un capitalismo tan socialista. En tiempos de crisis todo el mundo hace pucheros ante ese ídolo de barro que son las huchas rotas malpagadas con fondos públicos. Dentro de nada veremos también a los pescadores devolviendo las merluzas pescadas al cantábrico. Los periódicos, para no dejar sin trabajo a sus plumillas, ofrecen ya libros o discos gratis a todos sus infieles lectores. Claro está que esa subvención la pagan de balde los escritores y cantantes, esos mercenarios que reclaman también su tajada por medio de la sociedad de autores. Yo mismo tengo la tentación de arrojar este papel al cesto de la basura si el gobierno no me protege para comprar la tinta y el papel. ¿No se ayuda acaso a los fabricantes de coches para que los trabajadores no se queden en casa sin curro o vayan a pie a las fábricas? Algún día veremos al gallo negarse tres veces a cantar cara al sol si no le compran antes una camisa nueva y un despertador.

Todo el problema de los parados en esta crisis consiste en sacarle legalmente el dinero a quien ya lo tiene. Por supuesto, el poseedor no se desprende nunca del vil metal sin recibir como contrapartida una compensación. El mendigo, si acaso no da las gracias, nos da a su pesar la “buena conciencia”, la mejor de las inversiones para el futuro; el vendedor de lotería ofrece al crédulo la “ilusión” de hacerse millonarios; el panadero, una barra de pan tangible; el carnicero, unas costillas. Hasta la meretriz ofrece a su cliente el muslo y las dos pechugas. Los mismos bancos no son la excepción de esta regla: ellos nos dan seis si les damos nosotros cinco. Claro está que para ello otros les deben dar antes nueve si han recibido seis. Solamente Dios crea sacando algo de la nada. Los que hacen lo propio, si no son Dios, se llaman falsificadores. O sea: magos de las finanzas. En esta crisis muchos han vendido los pollos antes de nacer. Por eso andan ahora desplumados y en la pluma de todo el corral.

En todas partes cuecen habas, pero en algunos partidos lo hacen con la vaina incluida. Quien sacó la espada flameante contra los nuevos inquisidores debe ahora envainarla o tragarse el sable entero como si fuera un faquir. Rajoy asume ya que algo huele a podrido en Valencia. ¿No lo sabía? Malo. ¿Lo sabía? Peor. De momento quien ha pagado las costas es el hermano del que se atrevió a toserle al jefe, antes de que fuese designado por el gran jefe, quien a su vez... Pero estemos a la espera. Todavía nos queda la Esperanza. Y ésta es la última que o pierde o se le gana.

Quienes suelen hacer en esta vida como los portavoces del Dios celestial afirman que la Moral "*no tiene en absoluto relación con los votos democráticos*". Y tienen mucha razón. Claro está que no se entiende entonces porque un gobierno legal debe hacer caso a ninguna manifestación por muy masiva que sea ésta. ¿Pesan más los votos de castidad, pobreza y obediencia al Papa que las urnas o los Parlamentos? En esta España, que algunos la quisieran preservar del laico preservativo perseverando en la abstinencia carnal de la cuaresma, los conservadores conservan hasta la ley que despenaliza el aborto. Aznar III el católico, vitoreado entre los asistentes a la "mani" (¿qué pintaban allí las sempiternas banderas españolas?) tuvo una amplia mayoría absoluta para enmendar lo que, según la moral, deba rectificarse. No lo hizo ni tampoco la calle se lo pidió a gritos. Ellos sabrán por qué. Les apuesto que, si ganan las próximas elecciones, bajarán los impuestos que otros han subido y mantendrán la ley ahora contestada. Pero es que el bolsillo es otra cosa.